



● No hace 24 horas que he llegado a Tokio. Me siento como un pez raro nadando en medio de un colosal cardumen de anchovetas. ¡Doce millones de seres en una sola ciudad y casi todos con un solo rostro! De pronto —en una calle cualquiera— escucho una voz, casi un susurro.

—Señor Ganderaaaaats . .

Me doy vuelta como si hubiese estallado un petardo en mis talones. Veo dos rostros de japonesas. Sonríen al unísono, parecen obedecer una voz de mando. Miro para todos lados. Las vuelvo a mirar. Siguen sonriendo. Sonriéndome a mí. ¡A mí! (“Tengo que haber escuchado mal. Aquí yo no conozco a nadie”).

—¿Usted es el señor Ganderats, verdad?

Creo que nunca he tenido una sorpresa mayor. En ese momento ni siquiera recuerdo lo que alguien me había sugerido: “**Cuando no sepa qué hacer, haga una reverencia. No falla**”.

Una de ellas era Mayumi.

Mayumi trabaja en la Embajada de Chile en Tokio. Horas antes ya he estado unos minutos en el despacho del Embajador. No reparé en su secretaria. Desde ese momento Mayumi deja de ser la secretaria del Embajador. Se transforma en la japonesa que me hizo conocer a las japonesas.

Gracias a su buen castellano, a su notable perspicacia y a su paciencia oriental, puedo recorrer el formidable acuario de Tokio, distinguiendo entre esos 12 millones de tokiesitas las diferencias que pueden existir entre 12 millones de hombres. Y sobre todo, entre 6 millones de mujeres, la mitad más atractiva para mí, si he de ser honesto.

Mayumi me abre puertas y despeja caminos. “**Aquí yo no puedo entrar; entra tú**”. “**Aquí no puedes entrar; ya te contaré**”. “**Eso yo no lo sé; mi padre te lo dirá**”. Así me voy enterando de lo que ocurre con las japonesas.

agrandar y  
agradar

● Me entero, desde luego, que comer en un restaurante de geis-

# las JAPONESAS de siempre

Por Luis Alberto Ganderats

has con la esperanza de recibir una dulce japonesita de postre es algo más que un error. Es el mejor recurso para terminar comiendo en un puesto de policía. Me entero, también, de que no puede confundirse a una geisha, "persona culta", con una yamina onna, "un ángel de las tinieblas".

Me explica Mayumi que la Asociación de Geishas tiene su propio tribunal de penas (incluso las "penas del infierno") para sancionar a las socias que dispensan a sus clientes atenciones fuera de programa. Una encuesta reciente —¡los nipones todo lo encuestan!— reveló que una de cada dos geishas muere soltera (y virgen, para más señas).

Estas mujeres que viven desvelándose para atender maridos ajenos con inocencia y paciencia, tienen rivales y sustitutos. Algunas se hacen pasar por geishas. Otras ni siquiera se dan ese trabajo. Deambulan simplemente por el "barrio de las Farolas Rojas", donde cuesta tanto encontrar una japonesa virgen como un camello en el Polo Norte.

Pero las mujeres de Shimbara, el barrio de las geishas de Kioto, y las mujeres del barrio de las Farolas Rojas, no pueden representar, ni remotamente, lo que es la japonesa de 1975. Es de algún modo cierto, sin embargo, que la mujer de este país ha cogido mucho del encanto de las geishas, mujeres que llevan ocho siglos perfeccionando el arte de agrandar y agrandar al hombre.

## el antiguo respeto

● Mi encuentro con la mujer japonesa de hoy, con la mujer moderna, comienza con Mayumi. Con Mayumi y su amiga, que convirtieron mi nombre en un petardo y sus rostros en una pura sonrisa. Las madres de ellas no lo habrían hecho; no trabajarían en la Embajada de Chile ni en ninguna parte. Las madres, a su edad, seguramente eran "la mujer del fondo", la mujer que jamás salía de su casa, a quien el hombre no presentaba a sus amigos. Tampoco caminaba a su lado. Confucio y Buda —alguien los definió como misóginos— hicieron que en Japón, durante siglos, no nacieran las niñas para ser hombres; es decir, mujeres. Nacían para ser una especie de ser inferior.

Desde el siglo X hasta el siglo XX, la japonesa ha sido sucesivamente matriarca, casi esclava y —hoy— casi (casi) igual al hombre. Fuera del hogar no resulta fácil advertir diferencias entre los derechos y deberes de hombres y mujeres. Traspuesto el umbral del hogar, la japonesa media sigue, en cambio, sujeta a normas que se niegan a desaparecer, aunque ya han aflojado bastante.

Una encuesta de la Agencia Matrimonial Municipal de Tokio reveló, no hace mucho tiempo, que las mayores de 40 años siguen teniendo un concepto singular del

matrimonio. El 80 por ciento piensa que el matrimonio no es la unión de dos personas, sino de dos familias; que no es la unión de dos seres que se aman, sino el lazo solemne mediante el cual dos familias se ligan íntimamente. Las mujeres que así piensan son las madres de los jóvenes de hoy. Pero los jóvenes rechazan, cada día con mayor vehemencia, tales costumbres.

Por eso hace ya más de una década que nació la Nippon Keisei Kai, organización de maridos destinada a exigir a las esposas el antiguo respeto. En este caso la unión no hace la fuerza; la unión revela una creciente debilidad, un agotamiento de la paciencia femenina. Revela, ¡y de qué manera!, lo atrasada que se encuentra una edición de la Enciclopedia Británica, que define a las japonesas como "criaturas saturadas de docilidad y de obediencia, inaccesibles a la estupidez de los vicios modernos, sublimes en el sacrificio, femeninas como ninguna en la corteza terrestre".

## comprendo a los japoneses

● Como se ha dicho, la rebelión recién ha comenzado; no ha concluido. Mayumi sonríe cuando le digo que en Occidente muchos piensan en el hombre con suerte como viviendo en una casa estilo norteamericano, comiendo platos

chinos y amado por una amante esposa japonesa.

—La verdad es que a nosotras nos gustan los hombres occidentales. Comparten más con sus mujeres que los japoneses. Aquí muchos siguen añorando la época en que la niña obedecía a sus padres, la mujer al marido y la viuda a su hijo mayor. Era el inevitable "Sendero de las Tres Obediencias".

¿Cómo comprendo a los varones japoneses! Nunca los comprendo mejor que el día en que concurro a una casa de geishas de Kioto. El machiai —así llaman a estas casas de té— lo atiende, como siempre, una mama san. Ella es la que me instala sobre unos cojines, junto a una pequeña mesita sobre la alfombra —tatami—, bajo una linterna de papel y envuelto por música de samisen. Inútil resulta el intento de describir una geisha que se desliza suavemente —como una serpiente— y después de juntar sus manos y hacer una reverencia se nos sienta a los pies. Yo al verle la asocio de inmediato a ese tipo de mujeres turbadoras que cuando se recuestan en un sillón parecen un pecado descansando.

Pero ese "pecado descansando" resulta no ser pecado ni venial. ¡Si hasta se llama "Lucero de la Tarde"! Su solicitud para servirme el té se convierte en una extraña experiencia. Comienzo a sentirme un hombre tosco, un cargador de sacos invitado a tomar té en Buckingham. Cuando "Lucero de la Tarde" me prende un cigarrillo, lo hace con tal delicadeza, que no atino siquiera a botar el humo. En ese momento me parece tan grosero como lanzar una carcajada en un funeral. Un acceso de tos y el humo saliendo a borbotones de mi boca ponen punto final al encanto.

Hasta ese momento yo —¡cualquiera!—, me he sentido el rey de las criaturas. ¿Cómo no comprender a los japoneses que se agruparon para exigir a sus mujeres "el antiguo respeto"?

porque, ¡cómo negarlo!, constituía una falta de respeto a la mujer. Y no volverá porque a él se opusieron terremotos y bombas atómicas. Los terremotos (sobre todo el de 1923), obligó a la mujer a dejar su lugar en el fondo de la casa y a unirse al hombre en las tareas de reconstrucción. Fué el primer paso. Luego vino la zancada de siete leguas con Hiroshima y Nagasaki, con la ocupación norteamericana. En un solo año, 35 mil ciudadanos de los Estados Unidos se casaron con japonesas. Ellos ganaron en delicadeza y consideración; ellas en libertad.

Lento pero irrefrenable proceso. Actualmente unos 10 millones de japonesas trabajan en la industria y otros 10 en el campo. Sólo en Osaka, medio centenar de empresas son presididas por mujeres y en todo el país hay 170 mil barberos, muchos miles de profesionales, de productores de televisión, diplomáticas, profesoras, gerentes. Las esposas jóvenes ya "casi" son "dueñas de casa" junto al "dueño de casa". Ya no resulta repulsiva una expresión tan inocente como *shokugjo fupini*, "mujer que trabaja".

Atrapadas por este torbellino, las geishas también cambian. Es decir, las hacen cambiar. El actual Primer Ministro, Takeo Miki, ha dejado en el camino 800 años de tradición, y para las recepciones oficiales no contrata servicio de geishas. De las 20 mil que aún trabajan, buena parte lo hace en empresas de turismo, en grandes consorcios (para atender clientes nativos y extranjeros, románticos y pícaros). Incluso la Mitsubishi piensa que ruedan mejor los negocios si hay una geisha durante las áridas discusiones sobre dólares y petrodólares. Sus geishas cumplen horarios de oficina, pasan por reloj-control, cobran horas extraordinarias y asisten a reuniones sindicales todos los años en Kioto. Es el progreso

## la sonrisa de mayumi

● Mayumi me hace conocer también los barrios de Tokio joven. En ellos irrumpe la sociedad de consumo, la influencia norteamericana, las *mambu-guru* o *mambu-girl*, que son las "lolas" desinhibidas, las que cambiaron los chocolates por los *jutai cho sat-sen*, los anticonceptivos.

En los barrios jóvenes casi no se ven quimonos, chinelas de madera ni abanicos; desaparecieron los "peinados de torre", los rostros enharinados y cerosos. Hay que llegar a otros barrios, principalmente a Ginza y a otros del Centro, para ver —especialmente en la tarde y noche— miles de mujeres que no quieren traicionar al pasado. Es una fiesta para los ojos y para la imaginación, una especie de carnaval silencioso pero iluminado, en que surge el Japón legendario. Entre los kimonos multicolores no resulta difícil descubrir a las geishas. Visten de oscuro. ¡Son viudas de maridos ajenos!

Verdaderamente éstas son las japonesas que uno se ha metido en la cabeza desde niño. Por eso, cuando Mayumi me preguntó —es el último día— "¿prefieres las japonesas de hoy o las de ayer"?, tengo que responderle:

—Me gustan las de hoy con el misterio de ayer.

Cuando la miro por última vez, desde lejos, el rostro de Mayumi florece en una sonrisa milenaria.



## cambiar, orden del día

● Sin embargo, el antiguo respeto no volverá. No volverá,